

VIII Jornadas de Jóvenes Investigadores
Instituto de Investigaciones Gino Germani
Universidad de Buenos Aires
4, 5 y 6 de Noviembre de 2015

Ramiro Parodi

UBA (FSOC) // Graduado: Licenciado en Ciencias de la Comunicación
ramiro.parodi@hotmail.com

Eje 1. Protesta, conflicto y cambio social.

Cacerolazos anti-K: Cuando la política es una cuestión de amigos y enemigos

Palabras clave: discurso, política, cacerolazos, kirchnerismo, subjetividad.

Introducción:

El siguiente análisis forma parte de mi tesina de grado de la licenciatura en ciencias de la comunicación la cual ya ha sido evaluada y aprobada.

A continuación buscaremos abordar los discursos enunciados durante los cacerolazos del 2012 y el 2013 denominados 13S, 8N y 18A con el fin de rastrear las configuraciones subjetivas que allí se desarrollaron. A modo de conjetura creemos que ha habido un desplazamiento con respecto a otro tipo de manifestaciones que responden a un momento histórico distinto. Con esto queremos decir que si bien las subjetividades que resaltaron en estas manifestaciones se configuraron a partir de la triada que Calleti, entre otros, propone a partir del cruce entre “nosotros”, “ellos”, “futuro”; hay ciertos componentes originales en el lugar de enunciación de los caceroleros que responden a un tipo específico abordar el discurso político. Es por ello que sostendemos que los manifestantes se balancearon entre la “apatía política” y la “antipatía política”.

Desarrollo:

Marco teórico:

Las formaciones discursivas: Entre Lacan y Laclau

Ernesto Laclau y Chantal Mouffe extraen de Jaques Lacan la noción de “punto de almohadillado” para desarrollar su teoría sobre las formaciones discursivas que puede ser definida como una práctica social articulada de estabilidad relativa. En este sentido Laclau y Mouffe postularán que las formaciones discursivas están conformadas por “momentos” (posiciones articuladas dentro de un discurso) mientras que existen “elementos flotantes” susceptibles de ser incorporados dentro de una formación discursiva.

Para Laclau y Mouffe las formaciones discursivas comparten algunas de las características que tienen las cadenas significantes para Lacan. Son relativamente estables, abiertas a la resignificación y cuyo cierre de sentido y sutura final jamás es posible. Esto es porque las significaciones se deslizan “por debajo” del significante constantemente. Por lo tanto, en palabras de Laclau y Mouffe: “si la contingencia y la articulación son posibles es porque ninguna formación discursiva es una totalidad suturada, y porque, por tanto, la fijación de elementos en momentos no es nunca completa.” De este modo, podemos pensar que las formaciones discursivas están conformadas por muchas cadenas significantes.

Existen “hechos” que podrían denominarse “fácticos” pero a partir de que dicho hecho es retomado por el discurso de un sujeto ese “hecho” ya se cristaliza dentro de una formación discursiva, podría ser así pero también podría ser de muchas formas distintas (e incluso muchas veces opuestas). En este sentido, el “hecho fáctico” jamás llegaríamos a verlo porque no hay “hechos” que se puedan constituir al margen de todo discurso.

“Un terremoto o la caída de un ladrillo son hechos perfectamente existentes en el sentido de que ocurren aquí y ahora, independientemente de mi voluntad. Pero el hecho de que su especificidad como objetos se construya en términos de “fenómenos naturales” o de “expresión de la ira de Dios” depende de la estructuración de un campo discursivo.”

Otra característica de las formaciones discursivas según Laclau y Mouffe es su carácter material. Estas se encarnan en las prácticas sociales diarias de todos los sujetos, en su *praxis* y en los aparatos ideológicos del estado (Althusser: 1964). Para nuestro caso de análisis veremos cómo dichas formaciones discursivas se juegan al interior de los cacerolazos.

La lógica de las formaciones discursivas para Laclau y Mouffe se desarrolla en un juego de transiciones de elementos (cuyo carácter es el de signficantes flotantes) a momentos (cuyo carácter es el de signficantes articulados en una formación discursiva). Esta transición nunca se realiza totalmente debido al carácter propio de las formaciones discursivas que es el de ser relativamente estables. Es por esto que Laclau y Mouffe hablan del “carácter incompleto de toda sociedad”, es decir del carácter de la sociedad.

El paso de elementos a momentos es constante dentro de las formaciones discursivas, se sedimentan parcialmente en un determinado contexto socio-histórico pero únicamente se fijan para resignificarse nuevamente a posteriori. Hay continuidad pero también hay ruptura. Por eso el carácter sobredeterminado o de determinación múltiple de las formaciones discursivas. “El carácter incompleto de toda totalidad lleva necesariamente a abandonar como terreno de análisis el supuesto de “la sociedad” como totalidad suturada y autodefinida. “La sociedad” no es un objeto legítimo de discurso. No hay principio subyacente único que fije –y así constituya- al conjunto del campo de las diferencias.” (Laclau y Mouffe. 1985)

Luego de esta explicación es momento de retomar a Lacan y su noción de punto de almohadillado. Lo que genera la eficacia de las formaciones discursivas es su carácter relativamente estable. Esa es la operación por la cual funciona el lenguaje. De esta manera, el punto de almohadillado lacaniano funciona como los puntos nodales para Laclau y Mouffe, hay momentos de cierre de sentido temporal anclados en ciertos signficantes. Y es allí, cuando el punto nodal detiene la cadena signficante, que acontece la significación, el sentido.

“No es la pobreza de significados, sino, al contrario, la polisemia, la que desarticula una estructura discursiva. Esto es lo que establece la dimensión sobredeterminada, simbólica, de toda formación social. La sociedad no consigue nunca ser idéntica a sí misma, porque todo punto nodal se constituye en el interior de una intertextualidad que lo desborda. La práctica de la articulación consiste, por tanto, en la construcción de puntos nodales que fijan parcialmente el sentido; y el carácter parcial de esa fijación procede de la apertura de lo social, resultante a su vez

del constate desbordamiento de todo discurso por la infinitud del campo de la discursividad.”
(Laclau y Mouffe: 1985)

Las subjetividades: El triángulo laxo

Ahora podemos retomar a las subjetividades como las plantea Sergio Caletti, “el entramado de la subjetividad en la política sigue, pues, las líneas de un sencillo triángulo: el futuro/yo-nosotros/el - los otros (Calleti: 2003).¹ Es a partir de que se vinculan, a través de la palabra, estas tres instancias que podemos hablar de subjetividades políticas. Veamos brevemente a qué apela cada una de ellas:

Nosotros: Se refiere a los colectivos de identificación, lo sobredeterminan sus aspiraciones y su otredad. Al interior confluyen una serie de afectos en común lo que no quiere decir que podamos entender al nosotros como una instancia suturada, siempre está abierta a la resignificación, precisamente por la presencia del otro. En palabras de Caletti: “(...) el “nosotros” se espejará a sí mismo en relación con lo futuro, con los miedos y anhelos que estos procesos le endosan, con la orientación y forma que asume, entonces, su litigio, y en la relación de diferencia o adversidad que entablan en el mismo espacio público en el que no cesan de elaborar fallidamente su propia autorrepresentación” (Calleti: 2003)².

Ellos: Representa al otro, al límite que implica cualquier identidad. No hay proceso de construcción subjetiva sin esta instancia. Para Caletti este vértice implica un desdoblamiento entre el “tú” del reconocimiento y el “él” de la denegación. Es decir, para con el primero primaría una instancia de tolerancia, mientras que al segundo le espera su eliminación (de no ser posible física) simbólica.

Futuro: Toda acción que se propone un colectivo implica un porvenir. En este sentido, el futuro es performativo de las identidades. Ya sea la decisión de hacer o de no hacer allí se juega, incluso lo que se hace con el pasado, se hace por un futuro. Según Calleti es “dirimir un conflicto,

¹ Sergio Caletti, “Decir, auto representación, sujetos. Tres notas para un debate sobre política (y comunicación). Página: 67

² Sergio Caletti, “Decir, auto representación, sujetos. Tres notas para un debate sobre política (y comunicación). Página: 67

decidir un mañana, avanzar hacia lo que aún se espera, entre otras, son las formas elementales por las que se entrevé el lugar constitutivo que cabe advertir para la política”³. (Caletti: 2003).

“*Consenso por apatía*”:

Esta idea fue propuesta por Susana Murillo como una matriz de pensamiento desde la cual ciertos sujetos se enuncian en el espacio público. Nuestra idea es que el “consenso por apatía” fue el lugar de enunciación desde el cual partieron infinitos reclamos durante el 13S, el 8N y el 18A. El “consenso por apatía” puede encontrar sus condiciones de producción durante los años 70 en los que se instalaron distintas dictaduras en América Latina. A raíz del ejercicio sistemático de la muerte en las poblaciones por parte del Estado, lo que se produjo fue una indiferencia hacia la política por parte de las personas ya que era vista, inconscientemente, como lugar de la muerte. En otras palabras, se la rechazaba para evitar el peligro. Escribe Murillo: “Las transformaciones propiciadas para América Latina desde los años setenta tenían como uno de sus objetivos la subordinación de las soberanías –aunque a menudo débiles- de los estados-nación en la región y la construcción de un terror que lleva a la “apatía política”. (Murillo: 2008)

Para la autora, el “consenso por apatía” se conforma a través de “capas arqueológicas” que remiten a distintos procesos históricos que son en su mayoría denegados por la sociedad. Destaca que más allá de su cronología el aspecto que une a estos procesos es que habitan la memoria al mismo tiempo y que son reconfigurados por la sociedad constantemente. Estas capas surgen y resurgen todo el tiempo en los sujetos bajo distintas configuraciones enunciativas. En otras palabras, la genealogía del “consenso por apatía” habita los cuerpos de los sujetos.

El “rodrigazo”, la denegación de la muerte durante la última dictadura cívico-militar, la hiperinflación de 1989 y la imposición de un modelo de vida desinteresado por la cosa pública generado en la década de 1990 (destrucción de los derechos laborales y del Estado interventor, mediante) son los puntos donde Murillo ubica el proceso histórico de construcción del “consenso por apatía”.

Recordando las escenas

³ Sergio Caletti, “Decir, auto representación, sujetos. Tres notas para un debate sobre política (y comunicación). Página: 67

Los días 13 de septiembre (2012), 8 de noviembre (2012) y 18 de abril (2013) se sucedieron en la República Argentina tres manifestaciones con características muy similares. Hombres y mujeres de todas las edades salieron a la calle a pronunciarse en contra del gobierno kirchnerista. Los motivos que en estas marchas se pudieron leer fueron infinitos, algunos coincidieron con la agenda mediática del momento mientras que otros fueron iniciativa de los manifestantes. Entre algunas de las razones se pueden encontrar “la defensa de la democracia”, “la inseguridad”, “la corrupción”, “la inflación”, “la falta de libertad”. Estas consignas no variaron significativamente de una marcha a la otra. A su vez también se jugaron reclamos más específicos, con una impronta más individual y determinados por la coyuntura social del momento. Algunos de ellos fueron la negativa a la “reforma constitucional”, el rechazo al “adoctrinamiento de la Cámpora en las escuelas”, “la ley de medios” y “el cepo cambiario”.

Las manifestaciones se caracterizaron por trascender el marco de la Capital Federal, todas ellas se expandieron en mayor o menor medida a lo largo del país. Los principales focos de recepción de la protesta fueron la CABA, Córdoba, Rosario, Santa Cruz, Neuquén, La Pampa, Mendoza, San Juan, Misiones, Jujuy, Tucumán, Entre Ríos y Chubut. A su vez se repitieron ciertos símbolos como las banderas argentinas o el canto del himno nacional.

Cacerolas, megáfonos, banderas y globos fueron utilizados para hacer sentir su descontento para con el gobierno kirchnerista en los principales centros urbanos de la Argentina en esas fechas. “Si este no es el pueblo, el pueblo donde está”, se escuchó el 13 de septiembre de 2012. Al principio los denominados cacerolazos contaron únicamente con el apoyo verbal de los partidos políticos opositores, luego la participación fue física; con los manifestantes salieron a marchar líderes políticos de diversos partidos.

Una característica de las tres manifestaciones que insistió fue que se interpeló a la figura de Cristina Fernández de Kirchner sucesivamente. En reiteradas oportunidades los reclamos fueron dirigidos directamente hacia ella a través de cantos, imágenes y pancartas.

“Subjetividad cacerolera” y apatía política: “No nos dan ni un chorí”

La apatía política que reapareció en los cacerolazos de 2012 y 2013 se configuró a partir de su coyuntura particular. Por lo tanto interpeló, desde un “nosotros”, a un ellos antagónico que

tomó distintos aspectos: La Cámpora, Boudou, Garré, CFK, “los que van por el pancho y la coca”. En este sentido, La Cámpora funciona como uno de los significantes equivalentes que nombran a la fuerza antagonista. En una publicación de Facebook del sitio “Indignados Argentinos” un usuario comentó: “La doctrina de la Cámpora es la misma doctrina de la Milagro Sala en Jujuy es la herencia del Che de formar guerrilleros detrás de un solo líder, en este caso a Cristina, entonces no pueden pensar por ellos mismos solo aceptan órdenes del o los líderes (por siempre dependientes...)”.

La referencia al “clientelismo” es otra forma de reforzar su intervención en la política a partir de la desacreditación de otro tipo de intervención política: “No nos dan ni un chori”, se puede observar en uno de los videos que llamaban a una manifestación previa al 13S. Esta alusión remite a que “la subjetividad cacerolera” no es llevada de las narices por algún incentivo, su reclamo es “más legítimo” porque no está condicionado por nada más que su propio interés. Por lo tanto, son “autoconvocados” o “sin intermediarios”. Escribió Darío Gallo para Clarín: “En las redes sociales, sin intermediarios, se multiplicaban las fotos subidas desde distintos lugares del país y se manifestaba la indignación por la escasa cobertura periodística de los canales de noticias.”

En la misma línea se recurrió a las redes sociales como lugar en el que la intervención en la política recobra legitimidad ya que no estaba mediada por nadie y al hacerse desde el (supuesto) anonimato uno se sentiría libre de decir lo que realmente piensa. En relación a esto escribió Jaime Rosemberg para La Nación: “Sin banderías políticas visibles, la protesta surgida desde las redes sociales durante las últimas semanas logró juntar, pasadas las 19.30 y durante más de dos horas, a una multitud en la Plaza de Mayo, en otros barrios porteños y en las principales ciudades del interior.”

De esta manera autoconvocado se opondría a quienes participan de manifestaciones políticas buscando “algo más” que lo que allí se reclama. En este sentido, la construcción del manifestante que va “por el pancho y la coca” era a lo que los caceroleros se estaban oponiendo.

Sostenemos entonces que el lugar desde el que la “subjetividad cacerolera” buscó negar su actividad política y, a través de ello, se enunció a partir de la “apatía política”, la cual reapareció como:

- Símbolos como el himnos y las banderas
- El rechazo hacia la militancia de La Cámpora y las referencias al “clientelismo”

- La alusión al retorno del orden (“inseguridad”)
- Mediante la noción de “autoconvocados y apolítico”

Cuando la apatía no es suficiente: “Queremos una oposición unida”

Hasta aquí podríamos distinguir una formación discursiva que se desplegó en el 13S y seguirá apareciendo en las otras dos manifestaciones pero con matices y superposiciones. “Libertad de expresión”, “inseguridad”, “justicia”, “respeto a las instituciones”, “corrupción”, “inflación”, “defensa de la Constitución”; son algunos de los significantes que conformaron dicha cadena. Según vimos fue a través de esta formación discursiva cómo los caceroleros legitimaron su intervención política en el espacio público pero sin dejar de demostrar una apatía hacia todo lo relacionado a la política. ¿Fue esta la única forma en la que los caceroleros se manifestaron?

Si nos quedamos con el 13S vemos que el “consenso por apatía” fue lo que predominó sin embargo es el 8N la manifestación en la que dicho consenso comienza a desplazarse hacia una intervención en el espacio público en la que los caceroleros asumen su rol en la política. Es decir, con esto no queremos decir que no hayan actuado políticamente antes (el hecho de producir un discurso y tomar el espacio público son, según Caletti, instancias suficientes para adjetivar sus prácticas como “políticas”) sino que ese acto era denegado y que luego, en el 8N, lo denegado comienza a asumirse. Esto no lo harán a través de una agrupación o por las vías tradicionales. Será a través de la interpelación a partidos políticos como lugar para remediar su malestar y mediante el “permiso” a que estos intervengan explícitamente en los cacerolazos como los caceroleros comenzarán a asumirse, sin nunca enunciarlo abiertamente, como sujetos políticos (sujetos que intervienen el espacio público y construyen una representación). Por lo tanto, en el 8N conviven y se desplazan dos cadenas significantes. Una, cuyo lugar de enunciación es el “consenso por apatía” y otra, “el consenso por antipatía” que interpela directamente a actores políticos, donde la referencia hacia lo político ya no gira en torno al miedo o al terror sino más bien a ver en esa instancia el lugar donde sus demandas deben ser atendidas.

A su vez, una infinidad de demandas democráticas también comenzaron a jugarse con mayor visibilidad. Estas demandas no están conformadas por significantes vacíos ya que la positividad de su significación es visible (no se pierde como en los casos que vimos previamente) pero tampoco interpelan a actores políticos a buscar una solución. Por lo tanto retoman al “consenso por apatía” ya que únicamente demuestran su indignación y mantienen cierto rechazo

hacia lo político. Pero no forman parte de este lugar de enunciación plenamente ya que son demandas democráticas, podríamos decirles, en términos de Laclau y Mouffe, significantes flotantes. Es decir son elementos que no han sido articulados dentro de una cadena significante hegemónica pero que pujan por serlo.

“Vengo porque...

...hay que bajar la edad de imputabilidad”

...estoy en contra del aborto y de la eutanasia.”

...no me gusta la Barrick Gold, Monsanto y todo lo que destruye al país.”

...no es bueno que haya tanta inmigración.”

Desde estos significantes flotantes se podría entender al 8N como la manifestación de transición del “consenso por apatía” hacia otro modo de enunciación, “el consenso por antipatía” que ve en lo político el lugar donde, no solo destinar sus demandas, sino también exigir una solución. Ya no se rechaza ni se le teme al lugar de lo político sino que se lo comienza a asumir como espacio donde el cambio es posible, de esta manera el cacerolero se asume como actor político.

“Nosotros también somos pueblo”

Analizaremos a continuación cómo se jugó el significante “pueblo” al interior de las marchas ya que sostenemos que fue en torno a dicho significante que podemos rastrear la conformación de la subjetividad cacerolera. Como ya hemos visto en el breve marco teórico la significación del signo no está dada de antemano como en un diccionario. Lo que hay según Laclau son cadenas significantes cuya significación se desliza permanentemente para abrocharse luego a un punto nodal que le da sentido en un determinado contexto.

En este sentido, podemos sostener que el Pueblo no está en ningún lado, el Pueblo no existe. El pueblo es un envase temporal dentro del cual se incorporan “luchas”, “hábitos”, “reivindicaciones”, “concesiones” etc., con el fin de que ese significante funcione a los efectos de determinados actores políticos. A su vez, es una construcción tan inestable como todos los significantes, hace sentido en determinado contexto pero luego se deshace para resignificarse nuevamente en otro lugar. Del pueblo importa su construcción discursiva.

Nuestra conjetura es que fue a partir del significante “pueblo” que la “subjetividad cacerolera” intentó definir su propia identidad. A partir de la teoría de Calleti podemos afirmar que “el pueblo” (o como lo definiremos luego el “también somos pueblo”) viene a reemplazar a ese Nosotros (los manifestantes que se enunciaron a través de ese significante o abordaron su discurso a través del binomio: Pueblo Nacional y Popular – También Somos Pueblo).

A través del significante “nosotros también somos pueblo” los actores del cacerolazo intentaron establecer una identidad. Esta noción de “pueblo” se funda principalmente en su afuera constitutivo. Los manifestantes no se reivindicaron como el pueblo “históricamente concebido” sino como ese pueblo que a raíz del discurso oficial “Nacional y Popular” se siente que no está siendo considerado. Es por ello que no se presentan como El Pueblo sino como que “también” son pueblo. De esta manera, es constante la diferenciación entre el “nosotros” (que también somos pueblo) y el “ellos”, devenido en “él”: el pueblo enunciado en el discurso oficial. Así resulta que el “Pueblo Nacional y Popular” devine el afuera constitutivo del “Nosotros también somos pueblo”

El afuera constitutivo: El Pueblo Nacional y Popular

A raíz de algunos discursos de Cristina Fernández de Kirchner en los que hace alusión al significante “pueblo” podemos entrever esta permanente tensión entre el discurso de los caceroleros y el discurso oficial que llamamos Nacional y Popular. Este discurso presenta al pueblo en primera instancia como “todos los argentinos”. Luego dentro del análisis del enunciado vemos que ese pueblo interpela a algunos sectores a los que incluye y marca sus fronteras.

En un discurso de CFK dirigido a la juventud militante (Unidos y Organizado) la presidenta enfatizó: “(...), la política es sentirse parte de un proceso y de un proyecto colectivo, que no empieza ni termina en uno, sino que se encarna fundamentalmente y debe empoderarse en el pueblo. Por eso, el pueblo son ustedes y todos los otros argentinos que están afuera de esta Casa de Gobierno.”

Creemos que el discurso de la “subjetividad cacerolera” dialoga tácitamente con este pueblo al que CFK se refiere en sus discursos. Los dichos de los caceroleros hacen ver que no se sienten parte de este pueblo (el “el”) por eso se identifican con el 46% restante o el pueblo para el

cual, desde su punto de vista, CFK no gobierna para ellos y es desde ese lugar que se enuncian. Para entenderlo desde otro lugar podemos pensar una serie de binomios subyacentes al discurso de los caceroleros entorno a su identificación como “nosotros también somos pueblo” y a interpellación a su afuera constitutivo, al que llamamos “El pueblo Nacional y Popular”.

Nosotros	Ellos / Él
Nosotros también somos pueblo	El pueblo Nacional y popular
Nosotros los autoconvocados	Ellos los que asisten a las manifestaciones por el choripán
Nosotros nacimos en las redes sociales	A ellos los llevan en colectivos a las marchas
Nosotros somos los que pagamos los impuestos	Ellos son los que reciben la asignación universal por hijo
Nosotros los que tenemos derecho a manifestarnos	Ellos los que no tienen derecho a manifestarse
Nosotros el 46%	Ellos el 54%
Nosotros lo que trabajamos	Ellos los vagos
Nosotros los que vamos a universidades legítimas	Ellos los que van a universidades de baja calidad
Nosotros los que nos esforzamos	Ellos los que reciben netbooks gratis que fomentan la vagancia.

A partir de aquí podemos afirmar que prima una presencia del “ellos” sobre el “nosotros”. El “nosotros” se conforma siempre como una respuesta a algo ya existente. Sin embargo, en esta conformación del nosotros hay un gesto político claro: la ubicación de una otredad. En otras palabras, se constituyeron los límites de la “identidad cacerolera” en ese gesto de enunciación a partir de un nosotros.

El triángulo de dos vértices:

Hemos hablado del “ellos” y del “nosotros”. ¿Pero qué hay del “futuro”? El tercer vértice del triángulo que, según Caletti, es imprescindible para el surgimiento de subjetividades políticas.

A continuación intentaremos analizar cuánto de orientación particularista y horizonte inmediato tuvieron las demandas enunciadas en los cacerolazos o cuánto de reclamos con proyección política tuvieron los dichos. Al respecto Caletti enfatiza: “(...) muere la política cuando ningún actor del espacio de lo visible es capaz de representar algo más que su sí mismo y su interés, y todos acuden a la escena común en la defensa excluyente de la propia causa particular.”

En el mismo texto, Caletti cita el estudio de Althusser sobre Nicolás Maquiavelo y caracteriza a ese “futuro” de la siguiente manera: “(...) apuntar muy alto, apuntar más allá de lo que existe, para alcanzar un objetivo que no existe, pero que debe existir, apuntar por encima de todos los principados existentes, más allá de sus límites.” (Calleti: 2011). En el corpus analizado hemos visto que este horizonte imposible pero que debe existir no está del todo definido. Lo más cercano que tenemos de una referencia al “futuro” es la interpelación a la oposición política para que se una y algunos pedidos a la presidenta para que renuncie.

De hecho hemos observado que en la tensión “nosotros/ellos” primaba más esta segunda figura, en su acepción “él”. Es decir todo “nosotros” era una respuesta a un “ellos”. De esta manera se vacía de proyección política los reclamos ya que estos solo se ven a través de significantes vacíos que no interpelan al juego político como un lugar de cambio real sino como un espacio donde las aguas se dividen entre “buenos” y “malos”. En cuanto a su interpelación a la oposición política la demanda no cruzó del “únanse” y de varios agravios.

Cuando se entiende a la política como el juego de la administración pura y el opositor político (el “ellos”) es visto como el enemigo a destruir (y no el enemigo como la lectura que hace Chantal Mouffe de Carl Schmitt, es decir una instancia democrática que generalmente es inconciliable pero siempre necesaria para ampliar los límites de la democracia) el horizonte de expectativas políticas puede resultar carente de contenido político propositivo y no trascender el contexto de enunciación.

Creemos que sí hay un “futuro” en la identidad cacerolera pero este lejos está del planteado por Caletti y su referencia a Althusser. A propósito de esta cita, Caletti sugiere que “esta idea del “comienzo” y de “lo nuevo” indica con claridad que no se trata de cualquier futuro, sino de uno que desborda la matriz discursiva existente. Desborda, entonces también, el lugar que en todo el contexto dialógico ocupa la simple anticipación, y se constituye, en cambio, como el lugar de un destino”.

¿Podemos hablar entonces concretamente de subjetividad política (“subjetividad cacerolera”)? La respuesta para esta pregunta no es absoluta. Hubo una identidad colectiva que tomó el espacio público en tres situaciones distintas, trascendió su reclamo más allá de las redes sociales y articuló la organización de algunas de esas marchas junto a actores políticos. A su vez, se asumió como colectivo al determinar un “nosotros” (“también somos pueblo”) y un “ellos” (el pueblo concebido en el discurso Nacional y Popular). Pero su horizonte de expectativas no trascendió (al menos hasta el momento) de ninguna manera las escenas de los cacerolazos más allá del entendimiento de la política en términos morales.

Al respecto de esto podemos encontrar iniciativas que fueron más allá de las escenas de los cacerolazos como un grupo de manifestantes que se dedicaron a pintar esténciles con las mismas consignas reproducidas en el 13 S y el 8 N como por ejemplo: “No a la ReRe” o “El 18 de abril a la plaza, basta”. Si bien este es un claro gesto político, se maneja con la misma concepción moralista de la política antes descripta. De hecho, una de las encargadas de hacer las pintadas opinó sobre su práctica: “Lo que queremos decir es que esto no es normal y no es sano. Hasta acá llegamos es: me di cuenta y no quiero esto, lo que no quiere decir que se vaya el Gobierno”. Aquí tenemos un gesto que fue más allá del contexto de la manifestación pero que siguió reproduciendo las demandas en términos de “buenos” y “malos”, por eso afirmamos que el futuro planteado por los caceroleros existe pero que su proyección política es nula ya que no pretendió una articulación con otras instituciones democráticas que hicieran trascender sus demandas por fuera del marco de la protesta.

En definitiva podríamos entender que la subjetividad cacerolera fue una “subjetividad cacerolera efímera” (ya que a diferencia de los cacerolazos del 2001 donde se organizaron asambleas populares y se crearon colectivos que interpelaron al estado desde otro lugar, esta subjetividad no trascenderá los escenarios del 13S, 8N y 18A). Esta identidad resultó eficaz para

interpelar a medios de comunicación y actores políticos pero sus demandas no trascendieron significativamente las marchas.

Sostenemos, entonces que hubo un futuro concreto e innegable ya que se reprodujeron ciertas expectativas y afectos comunes (principalmente que CFK renuncie/muera y que los partidos políticos se unan para desplazar al kirchnerismo). Solo en un futuro puede concebirse la idea de que “esto no da para más”. Pero estuvo atravesado por una concepción moralista de la política lo cual creemos que limitó la posibilidad de proponer una alternativa que articulara con las instituciones políticas e interpelara al modelo kirchnerista.

Por eso sostenemos, a modo de metáfora, que la identidad cacerolera fue un *triángulo laxo*. Mientras que dos vértices (el “nosotros” y el “ellos”) estaban definidos y relativamente estables, el tercero (el futuro) fue incierto, efímero y fluyó, razón por la cual dicha subjetividad fluyó como un líquido, con el fin de las marchas.

“Subjetividad cacerolera” y antipatía política: “Me cansé de tu Louboutin nena”

Al desplazamiento del lugar de enunciación de la “subjetividad cacerolera” lo llamaremos “Consenso por antipatía” porque el cacerolero buscó una solución en otros actores políticos (“la oposición”) pero lo interpeló desde la disconformidad y la agresión verbal. Esta “antipatía” será doble en relación al “ellos”, por un lado hacia a figura de CFK (“él”), razón por la cual todas las demandas están insatisfechas. Por otro lado, hacia la oposición política (“tú”), lugar donde los caceroleros no encuentran las respuestas y la representación que buscan con sus reclamos.

Sostenemos que el “consenso por antipatía” encuentra una de sus capas arqueológicas en la vivencia de la política en términos de moralidad. A continuación volveremos sobre las figuras del “nosotros” y el “ellos” ya expuestas cuando analizamos la identificación de los caceroleros con ese “nosotros también somos pueblo”.

En el texto “En torno a lo político”, Chantal Mouffe también sostiene la idea de que toda identidad se conforma en relación a un “nosotros” y a un “ellos”. Ya distinguimos que el “nosotros” fueron los manifestantes (ese pueblo que no se sentía interpelado por el discurso oficial), el “también somos pueblo”; mientras que el “ellos” era el gobierno nacional y su

interpelación al “pueblo nacional y popular”. Este “ellos”, expresado por el “él”, funciona como una frontera, como un límite de lo que define al “nosotros” o dicho de otra manera, su afuera constitutivo.

Es importante destacar que estos lugares discursivos no son fijos, están sedimentados a través de un discurso que está impreso en una coyuntura socio-histórica determinada. Pero los límites del nosotros/ellos son permeables y susceptibles de resignificación. “Podemos afirmar que la distinción nosotros/ellos, que es condición de la posibilidad de formación de las identidades políticas, puede convertirse siempre en el locus de un antagonismo. Puesto que todas las formas de la identidad política implican una distinción nosotros/ellos, la posibilidad de emergencia de un antagonismo nunca puede ser eliminada.” (Mouffe: 2007).

En términos de identidades políticas el antagonismo entre “nosotros” y “ellos” es constitutivo. “Es allí donde se muestra que la contingencia radical de lo social, es fundante de todo vínculo social” (Mouffe: 2007). No existe ninguna identidad que no defina un “otro” antagónico. Ahora en términos democráticos ese otro, si bien es rival, también debería ser una instancia de diálogo y debate donde los oponentes se tratan como “adversarios” (Mouffe: 2007)) y, a pesar de saber que la diferencia es irreconciliable, entienden que la demanda del otro es legítima. Cuando se concibe a la política en términos morales esa instancia se borra y lo que emerge es una disputa entre “buenos” y “malos” donde la única salida que encuentra el “ellos” del “nosotros” es su aniquilamiento. “Cuando en lugar de ser formulada como una confrontación política entre “adversarios”, la confrontación nosotros/ellos es visualizada como una confrontación moral entre el bien y el mal, el oponente sólo puede ser percibido como un enemigo que debe ser destruido”, afirma Mouffe.

A raíz de esto se puede entender la heterogeneidad (desde Raúl Castells a Sergio Bergman) de actores políticos de la “oposición” que se unieron a los manifestantes en el 18A. Cuando se comprende a la política en términos de “buenos” y “malos”, todo lo que queda por fuera del “bueno” (“nosotros”) es potencialmente “malo” (“ellos”, específicamente “él”). En este sentido, no importa quién conformaba esa oposición, sino que tanto los manifestantes como la oposición tenían “un malo” en común: CFK.

Al asumir el juego político en términos de “bien” y “mal” se asume lo político de la situación pero desde una concepción moralista. Es por eso que la interpelación hacia CFK se dio

a través de agravios e insultos y este es un aspecto fundamental de lo que denominamos “antipatía política”. No se buscó la instancia de debate político, se insistió por la eliminación simbólica del otro como se puede observar a continuación:

- “Señora Presidenta: su soberbia e incapacidad también nos produce una sensación de inseguridad. Firma: El pueblo argentino.”
- “No a la re-reelección. Basta Cristina de atropellos. Basta!!!”
- “Juicio político a CFK”.
- “Se va a acabar, se va a acabar, la dictadura de los K”
- “Me pudrí de tus Louboutin nena”
- “Este gobierno ya no se soporta más”

La eliminación del otro no es necesariamente física. El agravio lleva impresa la marca de la violencia al no contemplar al otro como otro posible. Negar la instancia de respuesta del otro a raíz de insultos es un modo de ejercer la violencia. Esto es consecuencia de la vivencia de la política en términos morales. Se entiende que el “consenso por antipatía” al estar anclado en esa vivencia política divide las aguas entre el “bien” y el “mal” donde la instancia del otro no es otra que la del rechazo.

Conclusiones:

En resumen, entendemos que la subjetividad cacerolera se expresó a través de estos dos lugares de enunciación: apatía y antipatía política. Este desplazamiento coincide con el devenir de las marchas aunque siempre se encuentran huellas de apatía en la antipatía. En este sentido podríamos entender que la antipatía es una variante de la apatía. Es por ello que estos lugares no se excluyen pero hay un gesto político que los separa. El desplazamiento radica en el paso de la “denegación indiferente” sobre la propia actividad política al “asumir violento” de dicha práctica.

Para futuras investigaciones sería interesante pensar hasta qué punto la triada con la que abordamos las configuraciones subjetivas no exige también un vértice que ponga en juego la relación de esos sujetos con el “pasado” a modo de “retorno de lo reprimido”. ¿Qué anhelo es el que ha returnedo en estos discursos? ¿Son los mismos que los de la “apatía política”?

A su vez sería interesante retomar los lugares de enunciación expuestos en esta tesina y ver cómo funcionan en manifestaciones similares como la ocurrida durante enero en Plaza de Mayo a raíz de la muerte del fiscal Alberto Nisman. A través de un relevo superficial por sus demandas observamos que poseen características similares a las que nosotros estudiamos, principalmente la caracterización al “nosotros” como “apolítico” y el modo de enunciación violento para con el “ellos”, que vuelve a ser el mismo: CFK.

BIBLIOGRAFÍA:

- Althusser, L. (1970): “Ideología y aparatos ideológicos de Estado”, Buenos Aires: Nueva visión.
- Althusser, L. (1967): “Contradicción y sobredeterminación”, en La revolución teórica de Marx, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Biglieri, P. y Perelló, G. (2012): “La ruptura posmarxista. El concepto de sobredeterminación”, Laclau y Mouffe, Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Caletti, S. (2011): “Subjetividad, política y ciencias humanas”, en Sujeto, política y psicoanálisis, Buenos Aires: Prometeo.
- Caletti, S. (2006): “Decir, auto representación, sujetos. Tres notas para un debate sobre política (y comunicación)”, en Revista Versión. Estudios de comunicación y política, N° 17, Xochimilco.
- Calletti, S. (1999): “Repensar el espacio de lo público”, Seminario internacional “Tendencias y retos de la investigación en comunicación en América Latina”, Felafacs/Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Gómez, M. (2014): “Radiografía de los movilizados contra el kirchnerismo”. En Resultados de una encuesta a la concurrencia del 8N, Buenos Aires: Sudamérica.
- Lacan, J. (1975): “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, Barcelona: Siglo XXI.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (1985): “Hegemonía y estrategia socialista”. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Laclau, E. (2005): “La razón populista”, Buenos Aires: Fondo de cultura económica,
- Mouffe, C. (2007): “En torno a lo político”. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Murillo, S. (2008): “La colonización del dolor. Buenos Aires: CLACSO.